

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light-colored skin and manicured nails. The hand is in the process of placing a dark teal puzzle piece into a larger puzzle. The puzzle pieces are set against a background of a teal surface with a grid of faint white lines. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the interlocking shapes of the puzzle pieces.

“LA RESTAURACIÓN EMOCIONAL ESPIRITUAL”
EI-011221-069

“LA
RESTAURACIÓN
EMOCIONAL
ESPIRITUAL”

© 2021 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: diciembre 2021

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-011221-069

“LA RESTAURACIÓN EMOCIONAL ESPIRITUAL”

S
E
M
A
N
A
—
1
—

Empezaremos hablando sobre la restauración emocional espiritual que debemos experimentar en nuestras vidas. Al usar el término “emocional espiritual”, nos referimos al trabajo que el Espíritu Santo está haciendo en nuestro interior, es decir, en nuestra parte psicológica. En esta parte de nuestro ser se concentra la labor que el Espíritu de Dios quiere hacer en nuestras vidas. Él nos quiere libertar de muchas cosas, sobre todo de la etapa que vivimos entre los cero y los doce años de edad. Al llegar a los doce años, todos los seres humanos alcanzamos el desarrollo psicológico, es decir, nuestra alma llega al punto en el que podemos hacer uso de todas sus facultades, siendo la más importante el pensamiento reflexivo, con el cual podemos decidir y hacer uso de nuestro libre albedrío.

Antes de adentrarnos más a este tema, vale la pena aclarar que nuestro mensaje no es humanista. Si bien es cierto, que usamos algunos términos de psicología, seguimos

creyendo firmemente que sólo el Señor puede obrar para beneficio y restauración de nuestras vidas. Ahora bien, debido a los tiempos que vivimos, es necesario exponer la predicación del Evangelio con palabras más contextuales y entendibles. Al hacer uso de términos más modernos no estamos cambiando los principios básicos del Evangelio, sólo buscamos expresarnos de mejor manera, con un tono más apegado a nuestros tiempos.

Usaremos como un subtema lo siguiente:

LA HIJA DE JAIRO Y LA MUJER DEL
FLUJO DE SANGRE REPRESENTANDO
LA HISTORIA DE NUESTRA
CONDICIÓN HUMANA.

Leamos el siguiente pasaje:

Marcos 5:22

“Y vino uno de los oficiales de la sinagoga, llamado Jairo, y al verle se postró a sus pies. 23 Y le rogaba* con insistencia, diciendo: Mi hijita está al borde de la muerte; te ruego que vengas y pongas las manos sobre ella para que sane y viva. 24 Jesús fue con él; y una gran multitud le seguía y le oprimía. 25 Y una mujer*

que había tenido flujo de sangre por doce años, 26 y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, sino que al contrario, había empeorado; 27 cuando oyó hablar de Jesús, se llegó a Él por detrás entre la multitud y tocó su manto. 28 Porque decía: Si tan solo toco sus ropas, sanaré. 29 Al instante la fuente de su sangre se secó, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su aflicción. 30 Y enseguida Jesús, dándose cuenta de que había salido poder de Él, volviéndose entre la gente, dijo: ¿Quién ha tocado mi ropa? 31 Y sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te oprime, y dices: «¿Quién me ha tocado?». 32 Pero Él miraba a su alrededor para ver a la mujer que le había tocado. 33 Entonces la mujer, temerosa y temblando, dándose cuenta de lo que le había sucedido, vino y se postró delante de Él y le dijo toda la verdad. 34 Y Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda sana de tu aflicción. 35 Mientras estaba todavía hablando, vinieron* de casa del oficial de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas aún al Maestro? 36 Pero Jesús, oyendo lo que se hablaba, dijo* al oficial de la sinagoga: No temas, cree solamente. 37 Y no permitió que nadie fuera con Él sino solo Pedro, Jacobo y Juan, el hermano de Jacobo. 38 Fueron* a la casa del oficial de la sinagoga, y Jesús vio* el alboroto, y a los que lloraban y se lamentaban mucho. 39 Y entrando les dijo*: ¿Por qué hacéis alboroto y lloráis? La niña no

ha muerto, sino que está dormida. 40 Y se burlaban de Él. Pero Él, echando fuera a todos, tomó consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con Él, y entró* donde estaba la niña. 41 Y tomando a la niña por la mano, le dijo*: Talita cumi (que traducido significa: Niña, a ti te digo, ¡levántate!). 42 Al instante la niña se levantó y comenzó a caminar, pues tenía doce años. Y al momento se quedaron completamente atónitos. 43 Entonces les dio órdenes estrictas de que nadie se enterara de esto; y dijo que le dieran de comer a la niña”.*

En este pasaje encontramos dos historias de dos mujeres, pero que al final son una sola. Por alguna razón el Espíritu Santo inspiró a sus siervos a escribir estos acontecimientos de manera entrelazada. Por un lado vemos el caso de una jovencita, que al menos ya tenía doce años de edad, y por otro lado encontramos la historia de una mujer ya adulta, enferma, y desgastada por los hombres que pretendieron ayudarla. El factor común de ambas era que las dos estaban perdiendo su vida. La niña estaba tan grave que murió antes de que el Señor llegara, y la mujer adulta estaba perdiendo su vida debido a una hemorragia incurable.

Otro detalle muy interesante que vemos en este pasaje, es que aparece el número doce en los relatos de ambas mujeres. En el caso de la hija de Jairo, dice el v:42 que tenía doce años de edad; y en el caso de la mujer con flujo de sangre, dice el v:25 que tenía doce años de estar con tal padecimiento. Estas dos mujeres son una figura de nuestra propia historia. No es casualidad que el resultado de todos nuestros problemas emocionales se empiecen a notar a los doce años de edad. Algo nos quiso enfatizar el Señor al dejarnos estos detalles en La Escritura. No importa cuántos años tenga alguien en este momento, pero si ya es mayor de doce años, tal persona está viviendo los conflictos de lo que vivió entre los cero y los doce años.

Algunos podrán pensar: “yo ya no soy el mismo niño de antes”; “ahora ya no me hacen bullying como cuando era niño”; “ya no soy la niña fea de la cual todos se burlaban”, etc. son planteamientos que todos tratamos de tener, porque de ser posible, tratamos de olvidar los escenarios conflictivos que tuvimos a temprana edad. Posiblemente veamos una diferencia entre nuestra niñez y nuestra edad adulta, sin embargo, debemos percatarnos de que el fundamento de nuestra

vida es nuestra niñez, es todo lo que nos sucedió entre los cero y los doce años de edad. Por eso traemos a colación la historia de estas dos mujeres, pues, somos como la hija de Jairo, y como la mujer con flujo de sangre. Por alguna razón Dios escribió estas historias, pues, así como Él resucitó y sanó a estas dos mujeres, Su intención para con nosotros también es liberarnos de todo nuestro pasado que nos agobia, Él es nuestra medicina.

Dice La Escritura que la jovencita a sus doce años estaba muerta en su propia casa, mientras que la otra mujer estaba gravemente enferma en medio de una multitud. Cuando llegamos a los doce años, ya tenemos conciencia de lo que es la separación con Dios, es decir, ya palpamos en experiencia lo que es estar muertos espiritualmente. Nosotros somos como esta niña, alguien que no había salido al mundo, que no tenía experiencia fuera del cuidado de sus padres, sin embargo, experimentó la muerte aún estando en casa. A sus doce años ella estaba rodeada de su familia pero muerta. Esto es exactamente lo que nos sucede a nosotros a los doce años; venimos acarreado con todas las circunstancias de nuestra niñez, pero justo en el momento en el que alcanzamos el desarrollo de nuestra mente reflexiva, entonces, nos damos cuenta que estamos muertos. ¿Por qué? Porque palpamos en nosotros el pecado, y lejos de acercarnos a Dios, optamos por cualquier otra cosa que no sea Él, de modo que experimentamos la lejanía de Dios. Tal experiencia es como lo que le aconteció a Adán y Eva, que cuando desobedecieron, y se dieron cuenta que el pecado había llegado a sus vidas, lejos de buscar a Dios, se escondieron de Él.

Ningún ser humano es capaz de procesar, manejar, o recordar todo lo que vivió en su niñez, de hecho, no tenemos memoria de una gran parte de ella. Lo que sí es cierto es que todos los momentos que vivimos en esa etapa temprana de la vida, nos forjaron, nos marcaron, y al llegar a la última etapa de nuestro desarrollo psicológico, nos damos cuenta que estamos muertos espiritualmente. La Escritura dice, que de manera natural nadie escoge por Dios, ni busca a Dios, sino por el contrario, nos alejamos de Él, y por tanto, morimos (Romanos 3:10-18). Espiritualmente venimos a ser como esa niña que a sus doce años ya estaba muerta.

Por otro lado, al crecer, también llegamos a ser como la mujer con flujo de sangre. La sangre en la Biblia nos habla de la expiación y la redención por los pecados; era un medio con el cuál el hombre buscaba ser justificado delante de Dios. Al leer el Antiguo Testamento vemos cómo Dios demandaba sacrificios de animales por los pecados, y cómo la sangre venía a ser un medio para que los hombres fueran redimidos por sus faltas. Nuestro Señor Jesucristo también derramó Su sangre por nuestros pecados. ¿De qué nos habla entonces el flujo de sangre de esta

mujer? Nos habla de la intención que ella tenía de buscar justicia por sus propios medios, pues, la sangre salía de ella misma. Ahora que esta mujer es adulta, enferma, y víctima de los hombres que intentaron hacer algo por ella, se da cuenta que todo lo que ella ha hecho, y el refugio que quiso obtener en los hombres, sólo la puso en una condición peor. Esta mujer llegó a un desgaste en todo sentido, se desgastó física, emocional, y hasta económicamente. Las experiencias y las vicisitudes de la vida llevaron a esta mujer a un estado calamitoso, y esto es exactamente lo que nos pasa a nosotros al ver el peso de nuestro viejo hombre.

Esta mujer venía cargando con dos males:

- 1) Estaba estabada hastiada por el peso de su enfermedad
- 2) Saber que era considerada inmunda según la ley.

En nuestro caso, esa enfermedad es el peso de nuestra naturaleza caída, lo que heredamos de nuestros padres, nuestra genética, la debilidad de la carne, etc. El apóstol Pablo fue sincero al decir:

“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago... 24;Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?”

(Romanos 7:19–25)

La naturaleza caída era un peso para el apóstol Pablo, era una enfermedad que él miraba en sí mismo, por eso dice que necesitaba ser liberado de ese cuerpo de muerte.

La Biblia dice que esta mujer buscó ayuda en los médicos, pero que nadie la pudo ayudar, ni curar. Nosotros también tenemos una enfermedad en el alma, somos esclavos de nuestra naturaleza caída, y por más liberación que busquemos en los hombres, nadie podrá ayudarnos, sólo el Señor. Tal vez no hemos ido directamente con un psicólogo, o con un psiquiatra para tratar los problemas del alma, pero nos hemos apegado a los hombres con tal de sentir alivio a esta naturaleza caída que nos mata por dentro. Algunos tal vez han querido darle respiro a su alma afligida buscando el amor en una persona, y cuando encuentran a alguien, confían en esa persona, le entregan todo, pero con el tiempo se dan cuenta que están en la misma condición, y

con los mismos problemas interiores. Otros creen que están bien consigo mismos porque están casados, sin embargo, el matrimonio no es la solución a los problemas interiores. Otros tal vez han querido refugiarse en el amor de los padres, o en el amor de los hijos, etc. pero sea quien sea a quien busquen, ningún hombre puede sanar lo de adentro del hombre, sólo nuestro Señor Jesús.

La mujer del flujo de sangre, además de estar enferma físicamente, era considerada inmunda según la ley de Israel; así que ella tenía una doble carga, pues, la estaba matando su enfermedad, y además, era considerada inmunda por la sociedad (Levítico 15:19-30). La restauración de estas mujeres empezó cuando una de ellas se acercó a pedirle misericordia al Señor Jesús. Sólo si tenemos una conciencia profunda de nuestra condición humana el Señor podrá hacer algo con nosotros. Éste es el principio básico para ser sanados en nuestro interior, llegar verdaderamente humillados y necesitados delante de Él. Siempre habrá un detonante que nos hará acercarnos al Señor con suma necesidad; para una de estas mujeres ese detonante fue la dura experiencia de una enfermedad incurable, en el caso de la niña

fue el luto, la muerte. ¿Cuántos de nosotros acaso no nos sentimos enfermos, o sin vida a causa del pecado? Esta es nuestra realidad, pero sólo si nosotros llegamos al punto de tener una conciencia profunda de nuestra condición pecaminosa, el Señor podrá hacer algo con nosotros. Dios no va a obrar en nosotros de manera automática, sino que Él espera que nosotros le declaremos nuestra necesidad. Debemos humillarnos y adquirir una conciencia profunda, no sólo de lo que hacemos, sino de lo que somos. A muchos les duele ver lo que hacen, pero no porque tengan una conciencia de lo que son, sino porque les duele en su orgullo religioso ver sus malas obras. Otros dicen “arrepentirse”, no porque estén necesitados, sino porque los descubren en alguna debilidad que por años habían escondido, y al verse sin salida dicen que se arrepienten. Hermanos, el inicio de la restauración empieza con una conciencia profunda de lo que somos.

Ahora bien, sigamos con la historia de estas dos mujeres para saber cómo podemos avanzar nosotros en una genuina restauración. Luego de que Jairo (el papá de la niña) expuso la situación de la gravedad de su hija, el Señor fue movido a misericordia y fue a su casa. Esto nos muestra que Dios jamás desprecia a un corazón contrito y humillado. Cuando el Señor mira nuestra necesidad, Él empieza a obrar, y a caminar con nosotros. Según Jairo, su hija estaba grave, pero el Señor ya sabía que esa niña estaba muerta. ¿Por qué el Señor empezó a caminar con Jairo hasta donde estaba la niña? Porque Él quería llegar al origen de las cosas, al lugar donde la niña había crecido, al lugar donde estaban las personas con las que ella se había criado. Sucedió que mientras el Señor iba a esa casa, a medio camino apareció la mujer del flujo de sangre, ella ya no era una niña, sino que era una mujer adulta, sufrida, desgastada, desesperada. Esta mujer representa al viejo hombre, y en palabras más modernas, podemos decir que es el “Falso Yo”. Esta mujer caminaba entre la multitud, pero sola, porque nadie quería estar con ella a causa de su enfermedad. ¿Cuántos hemos experimentado esta soledad en la vida, rodeados de muchas personas

pero solos, sin nadie que nos pueda ayudar realmente?. Hay algunos que tal vez contamos con la dicha de tener gente que nos ame de verdad, sin embargo, ni las personas que nos aman pueden hacer algo por nuestro interior. No debemos poner nuestra confianza en el hombre, ni siquiera en nosotros mismos. Esta historia nos muestra cómo el Señor, en lugar de encontrarse con una niña, se encontró con una mujer ya vivida, golpeada, frustrada, en total miseria. Hay miles de cristianos, hijos genuinos de Dios, que viven en miseria en su vida interior porque no le permiten al Señor una restauración profunda en su interior. Hermanos, no nos podemos dar el lujo de no buscar sanidad para nuestro interior. Cuántos en la vida no nos convertimos en corazones endurecidos, que en lugar de decir: ¡Miserable hombre de mí!, nos jactamos de una vida de aparente victoria, que no es otra cosa más que hipocresía religiosa. Acerquémonos al Señor, busquemos la sanidad interior.

Dice 2 Corintios 4:16

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”.

¿Cómo estamos en nuestro interior, nos estamos renovando, o nos estamos debilitando?

Mientras que el Señor avanzaba hacia la casa de Jairo, la mujer se acercó a Jesús para poder tocarlo y ser sanada, esto nos muestra que somos nosotros los que debemos procurar encontrarnos con Él. A veces el Señor pasa por nuestro camino, sin embargo, Él va por Su camino, en otras palabras, es necesario dejar nuestro camino y acercarnos a Él para encontrar sanidad para nuestras almas. Todos los creyentes dicen que quieren ser restaurados, pero muy pocos están dispuestos a pagar el precio por una verdadera restauración. No estamos hablando de hacer penitencias, o esfuerzos humanos, sino de desprendernos de nosotros mismos y no seguir la ruta en la que vamos. Esta mujer tuvo que hacer grandes esfuerzos por buscar su restauración; por un lado, superar lo indigna que se sentía a causa de su enfermedad; y por otro lado, saltar a las personas que no le permitían llegar hasta donde estaba el Señor. Con esto podemos entender que Dios no nos está pidiendo que seamos buenos para acercarnos a Él, más bien, nos está pidiendo que seamos atrevidos,

y que a pesar de lo que veamos en nosotros mismos, y de cómo nos sintamos, nos acerquemos a Él. Aparte de eso, nos es necesario superar el qué dirán de las personas. Cuántas veces dejamos de buscar al Señor porque no le podemos decir “no” a los amigos, o a la familia. El Señor ya sabe de lo que padecemos, el caos en el que nos encontramos, y adrede, Él pasa cerca de nosotros esperando que respondamos, y nos abramos espacio entre la gente hasta llegar a Él. Padres, no permitan que sus hijos, o la programación emocional que tengan por ellos los detenga para seguir al Señor. Esposos, que no sea su cónyuge el motivo para no seguir a Cristo. Hermanos, si queremos ser restaurados, tenemos que abrirnos espacio entre los que nos rodean. La Biblia dice que el que no puede dejar padre, madre, esposa, hijos, hijas, etc. por causa del Señor, no es digno de ser llamado discípulo. La liberación para esta mujer empezó, precisamente, desde el momento que ella estuvo dispuesta a abrirse espacio entre la multitud.

Ya que esta mujer había superado los primeros dos obstáculos, se topó con otro obstáculo más grande. Ella encontró a un Jesús que no se detuvo al verla, sino un Jesús

que iba caminando de prisa. El Señor ya sabía que esta mujer quería tocarlo, pero Él no hizo ni el más mínimo esfuerzo por detenerse. Qué feo se siente cuando uno le dirige la palabra a alguien, y esa persona no contesta, o contesta de mala gana. Pues, más o menos así fue la experiencia de esta mujer con el Señor, porque ella creyó que el Maestro no se quiso detener. Lo que sucede es que Dios actúa de esta manera porque así Él nos liberta de nuestro “Falso Yo”. Una de las cosas que es tropezadero para muchos creyentes es encontrar a un Dios que no da el rostro, es decir, encontrarse con un Dios que no se detiene. Dios es así, Él obra así, dice Isaías 8:17

“Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré”.

Este pasaje es claro al decir que Dios esconde Su rostro de los que lo buscan. ¿Acaso no es un conflicto que busquemos a Dios, y que en lugar de sentirlo cerca, sintamos que Él se está ocultando de nosotros? Dios mismo es un obstáculo que debemos aprender a saltar para buscar nuestra restauración. En una ocasión,

“una mujer griega, cuya hija tenía un espíritu inmundo, le rogó al Señor para que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija”

(Marcos 7:25–30)

¿Acaso no fueron las palabras del Señor una cosa difícil de tolerar? ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en la situación de esta mujer? Seguramente la mayoría nos hubiéramos molestado e indignado ante tales palabras, pero esta mujer se humilló todavía más. ¿Qué tanto estamos dispuestos a hacer con tal de obtener restauración?

El Evangelio no consiste en conocer, o saber algo de Dios; El Evangelio es la persona misma del Señor, quien es capaz de dispensar la virtud Divina que fluye por Su Espíritu, para que ésta se convierte en nuestra restauración. La mujer del flujo de sangre fue capaz de saltar todos los obstáculos, y finalmente, aun viendo que el Señor no la atendía, dijo: “Si tan solo toco sus ropas,

sanaré”. Esta mujer se arriesgó, y creyó firmemente que al tocar las ropas del Señor iba a ser libre de su enfermedad. Hermanos, acerquémonos a Él, la invitación es para que prioricemos conocer la persona de Jesús, en lugar de saber lo que algunos dicen de Él.

El ser humano sabe cómo esconderse de Dios, pero no como exponerse. No en balde somos hijos de Adán y Eva, que lo primero que hicieron al ver su pecado fue esconderse de Dios, en lugar de exponerse ante Él. Hermanos, aprendamos a “estar” delante de Dios, procuremos exponernos ante Él, y callar, en lugar de hablar.

La historia de estas dos mujeres termina cuando el Señor liberta y restaura a la mujer del flujo de sangre, hasta que finalmente llega a la casa, y vuelve a la vida a la niña. Esto es una figura de cómo Dios necesita trabajar en nosotros primeramente el “Falso Yo”, para luego poder vivificar nuestro hombre interior. El problema del viejo hombre se acaba cuando tenemos una conciencia profunda de nuestra condición pecaminosa, cuando cedemos nuestra vida antigua ante Dios, cuando nos desnudamos y reconocemos lo que somos, justo en ese momento, la gracia del Señor se activa a favor nuestro.

Finalmente, el Señor llegó a la casa de la niña, a ese lugar íntimo donde ella había crecido con papá, mamá, sus hermanos, y demás familia. Todo aquel entorno conectaba a la niña con el origen de su vida. Hermanos, esto es una figura de cómo el Señor quiere internarse a lo más profundo de nuestro ser, al origen de nuestra vida, a esa etapa sensorial que quedó registrada en nuestro sistema nervioso; esos días en los que sólo éramos un embrión en el vientre de nuestra madre. Sin embargo, desde esos

S
E
M
A
N
A
—
4
—

momentos ya percibíamos lo que sucedía a nuestro alrededor. Luego vinieron los años siguientes, y con ellos nuevas experiencias, circunstancias, problemas, palabras hirientes, etc. hasta que llegamos a los doce años, a la culminación de nuestro desarrollo psicológico.

La casa de Jairo representa el cimiento inicial de vida en el cual nos formamos, o nos mal formamos, algo que sólo el Señor puede solucionar. La Biblia dice que el Señor Jesús llegó a la casa de Jairo, hasta el lugar más íntimo donde la niña yacía muerta, y entonces dijo:

“Talita cumi (que traducido significa: Niña, a ti te digo, ¡levántate!). Y Al instante la niña se levantó y comenzó a caminar...”

Dejemos que el Señor entre hasta la parte más interna de nuestro ser, entonces, Él dirá la Palabra de Vida que necesitamos, y nos levantaremos, y volveremos a caminar en Sus Caminos. ¡Aleluya!